XI

Juliano había visto á su hermano Galo á su paso por Constantinopla. Le halló rodeado de una verdadera legión de traidores al servicio del emperador: el cuestor Leontino, astuto cortesano, reputado por su habilidad para escuchar tras de las puertas é interrogar á los esclavos; el tribuno Bainobadna, mudo é impenetrable, bárbaro con aspecto de verdugo disfrazado, el terrible maestro de ceremonias del emperador *comes domesticorum*, Siciliano, y por fin Marcos Escuda, el tribuno que en Cesárea conocimos, quien gracias á la protección de damas viejas había conseguido el puesto que ambicionaba.

Galo, alegre, atontado y robusto como siempre, había ofrecido á Juliano una excelente cena, muy orgulloso, especialmente de un hermoso faisán de Caldea preparado con frescos dátiles tebanos. Reía como un niño y evocaba los recuerdos de Macelo, cuando, de pronto, Juliano le habló de Constancia, su mujer. El rostro de Galo se alteró; los ojos se le

llenaron de lágrimas y volvió á dejar en el plato el suculento pedazo de faisán que se llevaba glotonamente á la boca.

—¿Cómo? ¿No sabes que Constancia murió súbitamente á consecuencia de una fiebre infecciosa cuando iba á ver al emperador para disculparme ante él? Tal fué el pesar que me produjo esta noticia que estuve llorando dos noches seguidas...

Miró á la puerta con desconfianza y acercándose á Juliano murmuró á su oído:

—Desde entonces todo me importa un bledo. Sólo ella podía salvarme... ¡Era una mujer asombrosa!... Sin ella estoy perdido... nada puedo ni sé nada!... Hacen de mí lo que quieren.

Bebió una copa de un solo sorbo.

Juliano se acordó de Constancia, hermana de Constancio, viuda de edad madura que había sido el ángel malo de Galo, á quien había hecho cometer innnmerables crímenes, casi siempre por nonadas.

Queriendo conocer por medio de qué poder había Constancia subyugado á su marido, preguntó Juiiano:

—¿Era hermosa?

—¿No la habías visto?... No, era fea, muy fea. Chiquitina, bronceada, picada de viruelas; tenía unos dientes horribles, de esos que yo no puedo tolerar á las mujeres. Pero conocía su defecto y reía pocas veces. Se ha dicho que me engañaba, que por las noches iba al hipódromo disfrazada como Mesalina, con un joven y hermoso volatinero. ¡Qué me importa! ¿Acaso no la engañaba yo? Estábamos en paz. También la han acusado de cruel, porque

sabía reinar. Odiaba á los autores de epigramas, en los cuales los miserables hacían resaltar sus malos modales comparándola á una esclava de cocina disfrazada de César. ¡La prisión era la venganza! ¡Y qué ingenio, qué ingenio el suyo! Teniéndola á ella me consideraba seguro como tras un muro de granito. ¡Ah! ¡Hemos hecho grandes locuras! ¡Nos hemos divertido en grande!

Galo sonreía al evocar aquellos agradables recuerdos mientras se relamía gozoso los labios, aun humedecidos con vino de Chio.

—No se nos puede negar que nos hemos divertido,—repitió con manifiesta satisfacción.

Cuando Juliano iba á ver á su hermano, creía que podría despertar en él sentimientos elevados y llevaba preparado su discurso contra los tiranos, á modo de los de Libamos.

Esperaba encontrar un hombre doblegado bajo el yugo de Nemesis y no el tranquilo y rojizo rostro de un robusto atleta.

Las palabras espiraron en los labios de Juliano. Miraba sin pena á aquel «mísero animal» (así calificaba mentalmente á su hermano), y comprendiendo que cuanto dijera sería tan perdido como si predicara á un pollino, se limitó á murmurar al oído de Galo:

—¿Por qué vas á Medsolan?... ¿No sospechas lo que allí te espera?

—¡Sí! ¡Calla!... Pero es demasiado tarde.

Y señalando á su cuello blanco, añadió:

—El nudo corredizo de la muerte está ya aquí... ¿Comprendes? *El* lo va estrechando poco á poco... ¡Me destierra de su imperio, Juliano!... Más vale

que no hablemos de esto... Se acabó. Pero ¡qué diablo! nos hemos divertido.

—Aun tienes dos legiones en Antioquía.

—Ni un solo hombre. Me ha quitado mis soldados uno á uno, tomando siempre pretextos y dándome á entender que lo hacía por mi bien... Cuanto hace lo disculpa con su buen intento... ¡Cuánto se ocupa de mí!... Juliano, ese hombre es terrible... Aun no sabes y quiera Dios que jamás lo sepas, de lo que es capaz... Lo sabe todo y conoce mis más íntimos pensamientos, aun aquellos que no confío ni á la almohada de mi lecho. También sabe cuanto tú haces... ¡Me causa espanto!

—¡Huye!

—¡Calla!... Habla más bajo.

El rostro de Galo tomó expresión de infantil terror.

—No; todo ha acabado. Ahora estoy cogido como un pez con el anzuelo. *El* tira de mí con suavidad para que el sedal no se rompa... Un César no deja de ser un pescado de peso. Sé que es imposible huir: me volvería á coger un día ú otro... Veo el lazo que se me ha tendido y voy hacia él aunque sólo sea por miedo. Hace diez años que tiemblo ante él... Estoy seguro que me degollará como un cocinero degüella un pollo; pero antes me martirizará con mil fingidos halagos... Prefiero acabar cuanto antes.

Los ojos de Galo se animaron súbitamente y exclamó:

—¡Ah! si ella estuviera á mi lado me salvaría... ¡Era una mujer tan asombrosa, tan extraordinaria!

Entró en el triclinio el tribuno Escuda para anunciar con servil reverencia que en la mañana del

siguiente día se celebrarían en honor del César, carreras en el hipódromo de Constantinopla, y que en ellas tomaría parte el célebre jinete Borax. Galo se alegró al oir á Escuda y ordenó que se preparara una corona de laurel, para coronar á Borax con sus propias manos ante el pueblo si alcanzaba la victoria en las carreras.

Después comenzó á hablar con entusiasmo de las carreras, envidiando la destreza de los conductores de carros.

Galo bebía mucho, reía como un hombre cuya conciencia está tranquila, sin que en su rostro quedara ni el menor rastro del miedo que momentos antes le embargaba.

Sólo cuando se despidió de su hermano, abrazó fuertemente á Juliano y lloró.

—¡Dios te ayude! ¡Dios te ayude!—balbuceaba súbitamente entristecido.—Tú eres el único que en mi vida he amado, tú y Constancia.

Después murmuró al oído de Juliano.

—Confío en que tú te salvarás... Tú sabes disimular... siempre te he envidiado esa cualidad. ¡Dios te proteja!

Juliano tuvo piedad de Galo, convencido de que sucumbiría á manos de Constancio.

Al día siguiente Galo salió de Constantinopla. En Andinopolis sólo se le dejaron diez coches, por lo que se vió obligado á abandonar todos los bagajes y gran parte de su escolta. El otoño estaba muy avanzado y los caminos se hallaban en pésimo estado.

Durante varios días cayó la lluvia sin interrupción. Se obligaba á caminar á Galo sin darle tiem-

po ni para dormir. Hacía dos semanas que no había podido tomar baños.

Uno de los más grandes sentimientos de Galo era precisamente el contacto de la suciedad. Toda su vida había cuidado con esmero su cuerpo sano, y ahora no podía ver sin gran tristeza sus uñas sin cortar y la púrpura de su clamide salpicada del lodo de los caminos.

Escuda no se apartaba de Galo un solo minuto, y el César temía no sin motivo á aquel compañero vigilante. El tribuno, que como portador de un mensaje del emperador, había llegado á Antioquía, ofendió á Constancia con una alusión imprudente, atrevimiento que fué castigado con cierto número de latigazos y varios días de encierro.

Pero comprendiendo Constancia las consecuencias que el castigo por ella impuesto podía tener, hizo poner en libertad al tribuno, que se presentó en el palacio de Galo como si nada hubiese ocurrido, y guardándose la ofensa nada dijo al emperador temeroso quizás de que tan vergonzoso castigo fuera un obstáculo para que avanzara en su carrera de cortesano.

Durante todo el viaje de Galo desde Antioquía á Medsolan, Escuda fué en el mismo carro que el César, no abandonándole un sólo instante, provocando sus confidencias y tratándole como si fuera un niño testarudo y enfermo á quien él, Escuda, amaba hasta el punto de no poder perderle de vista.

En los pasos peligrosos de los ríos, en los puentes de madera, en Hina, Escuda estrechaba cuidadoso con sus brazos el talle de Galo. Y si éste intentaba desasirse, el tribuno le abrazaba con mayor fuerza,

asegurando que prefería morir antes que tolerar que una vida para él tan cara corriera el menor peligro.

El tribuno tenía una mirada singularmente pensativa cuando con sonrisa apacible contemplaba el cuello de Galo, blanco y suave como el de una doncella.

El César sentía extraño malestar cuando Escuda le miraba con fijeza, y lamentando no poder abofetear á su compañero, le volvía la espalda de mal talante. Pero el pobre prisionero recobraba pronto su calma habitual y se limitaba á suplicar con voz llorosa que se hiciera un alto para comer, aunque fuera muy frugalmente. En Petobion, en Norica, fueron recibidos por dos nuevos enviados del emperador acompañados de una cohorte de legionarios de Constancio.

En aquel punto acabó la farsa. Alrededor del palacio de Galo se colocaron centinelas armados que vigilaban de noche como en una prisión. Por la tarde el prefecto Barbaciono, entró sin guardar miramiento alguno en la habitación de Galo, le ordenó que se quitara la clamide cesariana y le vistió una simple túnica y el *paludementum*. Escuda se dió tal prisa á arrancar la clámide del cuerpo de Galo, que rompió la púrpura.

Al día siguiente por la mañana se hizo subir al prisionero en una *karpenta*, vehículo de dos ruedas, un toldo, empleado por los bajos funcionarios. Por intervalos soplaba viento frío; la nieve caía en menudísimos copos.

Escuda, según su costumbre, estrechó á Galo con

su brazo, mientras con la otra mano tocaba la ropa nueva del joven.

—¡Qué buen vestido! es fino y caliente. Yo creo que esto es mucho mejor que la púrpura, que no da ningún calor. Esta túnica tiene doble lana.

Y como para mejor conocer la tela, Escuda deslizó su mano bajo el *paludamentum*, y después bajó la túnica, y súbitamente, con rápido movimiento y riendo discretamente, sacó la hoja de un puñal que Galo se había escondido con disimulo.

—¡Oh! ¡esto no está bien!—dijo Escuda socarronamente.—Es fácil hacerse daño... ¡Vaya un juego de muchacho.

Y tiró el puñal al camino.

Dejadez infinita se apoderó de Galo; cerró los ojos y sintió que escuda le enlazaba con dulce caricia. Galo se creía presa de una pesadilla.

Se detuvieron en la fortaleza de Pola, en Istria, en la orilla del mar Adriático. Algunos años antes, en esta misma ciudad, había tenido lugar el asesinato del joven heroe Prisco, hijo de Constantino el grande.

La ciudad poblada por soldados era triste. Interminables cuarteles á estilo de Diocleciano reemplazaban á las casas. La nieve cubría los tejados; el viento rugía en las desiertas calles y el mar bramaba.

Galo fué conducido á un cuartel. Se le hizo sentar ante una ventana de suerte que la luz hiriera directamente su rostro.

El más hábil jurista del emperador, Eustafo, viejecillo apergaminado y amable, de voz penetrante y calmosa como la de un confesor, comenzó á interrogarle, mientras se frotaba las manos amoratadas de frío.

Galo, mortalmente fatigado, respondía afirmando cuanto Eustafo deseaba. Pero al oir las palabras *traición al imperio*, se encolerizó y repuso:

—¡No he sido yo! ¡no he sido yo! Ha sido Constancia, Constancia la que lo ha hecho todo... Yo solo no hubiera hecho nada... Ella me exigió que diera muerte á Teófilo, á Clemente, á Domiciano y á otros. ¡Dios que me ve, sabe que no he sido yo! Ella no me dijo nada... ¡Yo lo ignoraba!

Eustafo le miraba sonriente:

—Está bien,—dijo.—Manifestaré al emperador que su propia hermana Constancia, esposa del César de Oriente, es la única culpable.

Y volviéndose hacia los legionarios les ordenó:

—Lleváosle. El interrogatorio ha terminado.

Pocos días después llegaba la orden de muerte, decretada por el emperador Constancio, quien había considerado como una ofensa personal la acusación dirigida contra su difunta hermana.

Al oir leer su sentencia de muerte, Galo perdió el conocimiento y cayó en los brazos de los soldados. El desdichado había confiado hasta el último momento que sería perdonado. Y ya perdida esta esperanza seguía creyendo que cuando menos se le concederían algunos días, algunas horas, para prepararse á la muerte. Pero habiendo circulado el rumor de que los soldados de la legión tebana se disponían á salvar á Galo, se le llevó incontinente al suplicio.

Comenzaba á romper el día. La nieve caída durante la noche recubría el lodo negro y espeso. Un

sol, que no calentaba alumbraba la nieve, cuya cegadora reverberación llenaba la pieza donde Galo estaba encerrado.

Se desconfiaba de los soldados porque se sabía que casi todos amaban y compadecían al césar caído. Se eligió para verdugo á un carnicero que en distintas ocasiones se había encargado de dar muerte á los ladrones y á los bandidos de Istria. El carnicero no sabía servirse de la espada romana y llegó armado con un hacha enorme de doble filo con la que daba de ordinario muerte á los cerdos y á los carneros. El rostro del verdugo era estúpido, de correctas líneas y poco expresivo.

Era un esclavo. Se le había ocultado el nombre del condenado y creía firmemente que decapitaba á un ladrón vulgar.

Viendo acercarse la muerte, Galo permaneció sereno y humilde. Permitía que hicieran con él cuanto querían. Le parecía que era un niño: también entonces lloraba y se resignaba cuando se le metía á la fuerza en el baño, y una vez dentro del agua le parecía agradable.

Pero cuando vió al carnicero afilar el hacha tembló.

Se le condujo á una pieza contigua donde el peluquero le afeitó los finos cabellos rubios, belleza y orgullo del joven césar. Cuando salió de la habitación del peluquero, Galo estuvo un momento á solas con el tribuno Escuda é inopinadamente cayó de rodillas ante su más cruel enemigo.

—¡Sálvame Escuda! Sé que tú puedes hacerlo. En la pasada noche he recibido un mensaje de los

soldados de la legión tebana. Déjame que les diga una palabra y me libertarán. Tengo treinta talentos ocultos en el tesoro del templo de Mycenas. Nadie lo sabe. ¡Te los entregaría... y más aún! Los soldados me aman. ¡Haré de tí mi hermano, mi corregente, césar!

Loco de esperanza se abrazó á las piernas del tribuno y Escuda, estremecido, sintió los labios del césar, besar sus manos.

No respondió y sonriendo se libertó lentamente del abrazo del sentenciado. Le ordenó á Galo que se desnudara. No quiso quitarse las sandalias; tenía los pies sucios. Cuando estuvo casi desnudo el carnicero comenzó á sujetarle las manos á la espalda como acostumbraba á hacerlo con los ladrones.

Escuda se apresuró á ayudarle. Cuando Galo sintió el contacto de los dedos del tribuno, se enfureció y forcejeando logró desasirse de las manos del verdugo. Echó ambas manos á la garganta de Escuda y trató de estrangularle.

Desnudo, corpulento, no parecía un hombre sino una fiera fuerte y terrible.

Se arrancó al tribuno amoratado de entre las manos de Galo á quien se ató fuertemente de pies y manos. En el mismo momento se oyeron en el patio del cuartel formidables gritos de los soldados tebanos:

—¡Largo reinado á César Galo!

Los asesinos se dieron prisa. Se llevó un grueso tronco de arbol á guisa de tajo. Galo fué arrodilla-

do ante el tronco. Barbacio, Baynobadna y Apodemo le sujetaban por los hombros, las manos y los pies. Escuda apretaba la cabeza contra el tajo. Con sonrisa voluptuosa apoyaba con todas sus fuerzas aquella cabeza que se resistía en vano. Bajo sus dedos helados por la emoción sentía la piel rasurada y todavía humedecida por el jabón y contemplaba entusiasmado el cuello blanco y delicado como el de una muchacha.

El carnicero era mal verdugo.

Descargando el hachazo había tocado la nuca pero el golpe había sido incierto. Levantó por vez segunda el hacha gritando á Escuda:

—¡Más hacia la derecha! ¡Echa más hacia la derecha el cuello!

Galo se agitaba aullando como un toro herido.

Más cercanos y distintos se oyeron los gritos de los soldados:

—¡Largo reinado á César Galo!

El carnicero levantó el hacha é hirió.

Una oleada de sangre brotó, manchando las manos de Escuda. La cabeza cayó resonando sobre el pavimento de piedra.

Los legionarios invadieron la sala. Barbacio, Apodemo y Escuda se precipitaron hacia la salida opuesta. El verdugo quedaba perplejo; pero Escuda le murmuró al oído:

—Llévate la cabeza del César para que los legionarios no reconozcan el cuerpo. Es cuestión de vida ó muerte para todos.

—¿No era un ladrón?—balbuceó el carnicero.

No sabía como llevarse aquella cabeza afeitada. Empezó por ponérsela bajo el brazo, pero esto le pareció incómodo, y para lograr su intento introdujo un dedo encorvado en la boca y de este modo se llevó la cabeza del que tantas cabezas humanas había hecho caer.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando Juliano supo la muerte de su hermano, dijo:

—Ahora me toca á mí.